



Páginas

Femeninas

Todas nuestras damas ¿son cultas?



Mi querida María Julia: He recibido tu muy amable contestación y, bueno es decirlo, no te creía tan curiosa ¡Toujours femme! ¿Deseas, entonces, que me extienda sobre el tema que me proporcionaría Teresita? ¿Para qué has nacido tan perspicaz si no has adivinado ya? Creo más bien que prefieres oír de labios sinceros lo que has escuchado, en más de una ocasión, sin admitirlo, dada tu natural prevención a lo que se murmura impunemente. Si es así empiezo...

Hace ya unos años fuimos invitados a una recepción en casa de la señora G., madre de Teresita, en la regia mansión de Belgrano. Todos conocemos a esta dama de abolengo, aunque de costumbres muy liberales, excesivamente liberales... Ello no obstante, la aristocracia concurría siempre a sus fiestas, pues inteligente y rica sabe proporcionar a cada invitado el placer que se merece. De ahí que todos cierran benévolutamente los ojos ante sus habituales extravagancias.

Serían más o menos las ocho de la noche cuando entró al salón el padre de Teresita, hombre muy estimado socialmente por su cultura y su bondad.

—¡Qué tarde llegas Juan Carlos!—le dijo la señora.

—Es cierto, mi hijita; qué quieres, a la vez los hombres nos volvemos charlatanes... Al venir en el tren he encontrado al abogado D., persona que aprecio y al cual hacía tiempo que no veía. Justamente, como no hemos podido terminar nuestra conversación, lo he invitado para que venga esta noche.

—¿A él solo, me imagino?—preguntó la madre de Teresita.

—Solo o acompañado, será siempre en mi casa el bienvenido—contestó mi excelente amigo. ¡Ay, hija, lo que le aguardaba a este pobre señor! ¡El alboroto que se produjo en la colmena es indescriptible! Y la “liberal” señora me resultó de un puritanismo a ultranza...

—Sí, este hombre—decía—es un tonto de capirote. ¡Si no lo conoceré yo...; se pasa de bueno!

—Vaya si lo sabrá—agregó maliciosamente una de sus irónicas amigas.

Y cada una de ellas aportaba su granito de maldad:

—Nosotras nos estamos quedando solas; no visitamos casi a nadie porque no se puede ir a las casas de familias sin tropezar con una de esas uniones “manquees”...

—Y todavía piden el divorcio,—agregaba otra—el divorcio que sólo servirá para humillar los cimientos del hogar cristiano.

—¡Qué horror!

Y la inevitable solterona, asomando en ella su muy explicable rencor, dijo:

—Por eso no quise unirme a ningún hombre, convencida de que ya no son dignos de una niña pundonorosa...

Y así, desde un rinconcito del salón, oía maldades, rencores, envidias, pequeñeces y todo lo que alienta y fomenta la sociedad.

Todo fué en vano. El señor G., que a ratos tenía carácter, no accedió a las súplicas de su distinguida señora, la cual le pedía, nada menos, que escribiera dos líneas a dicho señor aplazando la entrevista hasta el día siguiente.

—No seas ridícula—le contestó, acaso para no decirle péfida.

Desgraciadamente para él había muchas señoras en contra y cuando se proponen algo...

A esta altura de la conversación y de los comentarios generales llegó el doctor D., acompañado de la temida esposa. Según pude adivinar en la algarabía de maldades, esa señora había sido artista en su juventud. Aquella noche recién tuve noticias de ello, pues desde mi niñez conocí a este matrimonio muy unido y feliz. Dios me perdone, pero ¡cuántas hablarían de envidia! Era de ver cómo fué recibida la pobre. La dueña de casa apenas si movió los labios; las demás señoras, siguiendo la moda francesa y exagerándola, inclinaron la cabeza y ni por casualidad se equivocó alguna dándole amistosamente la mano. De pronto me sentí en Siberia, tal era el frío glacial que allí reinaba. Nada se decía y noté que algunas damas se levantaban despidiéndose de la dueña de casa. Luego otra y otras... Creo inútil decirte que todas omitían la obligada inclinación de despedida a la recién llegada. Eramos muy pocas cuando de repente vino hacia nuestro grupo el doctor D.

—¿Pero qué pasa?—preguntó nerviosamente. Y dirigiéndose al dueño de casa: ¿Por qué se van así estas señoras? ¿Acaso les molesta nuestra presencia?

El señor G. balbuceó algunas palabras:

—¿Qué ocurrencia doctor!... es que... tienen que ir al Odeón esta noche...

Pero la pulcra dueña de casa no perdonó la excusa, y poniéndose de pie habló de este modo:

—Vea, doctor, es que mi esposo lo había invitado a usted, sin imaginarse que vendría acompañado...

De rosado que era D. pasó a la lividez, y tomando a su mujer del brazo contestó a la ofensa:

—Efectivamente he cometido un error al traer a mi mujer esta noche, pues hay una notable

diferencia entre ella y usted. Y dirigiéndose al círculo:

—Cuando me casé, hace ya veinticinco años, mi mujer era artista y su pasado era algo nebuloso, pero desde el día que juró ser mi esposa ha sido una mujer digna de ejemplo... En cambio esta dama, hija de una distinguida familia, era un ángel de inocencia hasta contraer enlace, pero hoy es una farsante...

A tu imaginación dejo el final de la velada...

Pasaron muchos meses sin que mi desgraciado amigo diera otra recepción, y probablemente habría cerrado sus salones si no tuviera hijas que casar, pues ya sabes que Teresita se ha comprometido. Además, lo encuentro muy envejecido, no así su esposa, quien parece llevar sus años con mayor gallardía. Siempre lo mismo, el inocente sufre las faltas del culpable...

Antes de concluir ¿quieres otras notas de alta cultura argentina?

Hallándose en París una familia de viejo cuño invitó a su mesa a uno de nuestros más distinguidos escultores. A la hora indicada se presentó el señor I. con su esposa. Al verlo acompañado nuestras compatriotas exclamaron:

—¿Quién será ésa? Seguramente habrá sido su modelo...

La inusitada protesta obligó al infeliz e ignorante dueño de casa a adelantarse al saloncito en donde dejaban sus abrigos los recién llegados, y muy quedamente le dijo:

—Me imagino que será usted casado con la señora...

El ya célebre escultor, como es de suponer, le miró duramente y sin agregar palabra salió con su señora apresuradamente de la casa.

¿Quedan satisfechos tu curiosidad y tu orgullo de argentina?

Siempre tuya

AGLAVAINÉ.

